

ROSALINDA.—Sí, mi señor, si os place darnos permiso.

DUQUE.—Poca diversión tendréis en ella, os lo aseguro, siendo tan desiguales los luchadores. Por compasión á la temprana edad del joven, intentaría disuadirle, pero no quiere oír consejo. Habladle, niñas; ved si podéis influir sobre él.

CELIA.—Hacedle venir, monsieur Le Beau.

DUQUE.—Hacedlo. Yo me apartaré.

(El duque se va á un lado.)

LE BEAU.—Señor desafiador: las princesas quieren hablaros.

ORLANDO.—Estoy á sus órdenes con todo respeto y humildad.

ROSALINDA.—Mancebo, ¿habéis desafiado á Carlos el luchador?

ORLANDO.—No, hermosa princesa. Es él quien hace un reto general. Yo no vengo sino como uno de tantos, para probar en él la fuerza de mi juventud.

CELIA.—Vuestro valor ¡oh joven! sobrepuja con exceso á vuestros años. Cruelles pruebas habéis visto del vigor de ese hombre. Si pudierais veros con nuestros ojos, ó juzgaros con nuestro discernimiento, el recelo de vuestra aventura os aconsejaría una empresa más proporcionada. Os rogamos, por vuestro bien, que penséis en vuestra seguridad y abandonéis esta tentativa.

ROSALINDA.—Hacedlo, buen joven; que no por ello será rebajada vuestra reputación. Solicitaremos del duque que haga suspender la lucha.

ORLANDO.—Os suplico no me impongáis el castigo de pensar mal de mí, aunque me reconozco culpable de negar cosa alguna á tan bellas y eminentes señoras. Pero acompañenme en la lucha vuestras hermosas miradas y benévolos deseos; que si he de ser vencido, no tendrá que avergonzarse sino uno que jamás fué favorecido; y si recibo la muerte, sólo sucumbirá uno que ya sobrado la desea.

Ni causaré pesadumbre á mis amigos, desde que no tengo uno para deplorarme; ni mal alguno al mundo, en el cual nada poseo; y el lugar que en él ocupó, será ocupado mejor cuando yo lo deje vacío.

ROSALINDA.—Quisiera añadir á vuestra fuerza la muy poca que hay en mí.

CELIA.—Y yo la mía para aumentar la suya.

ROSALINDA.—Adiós. Ruego al cielo estar equivocada en cuanto á vos.

CELIA.—¡Ojalá se cumplan vuestros deseos!

CARLOS.—¡Ea! ¿Dónde está ese valeroso joven que tanto afán tiene por yacer en su madre tierra?

ORLANDO.—Presto, señor; pero sus deseos son más modestos.

DUQUE.—Sólo probaréis una suerte.

CARLOS.—Aseguro á vuestra Alteza que no tendrá ocasión de rogarle para la segunda, después de haber intentado con tanto empeño disuadirle de la primera.

ORLANDO.—Pensáis burlaros de mí después. No deberíais burlaros antes. Pero probad como gustéis.

ROSALINDA.—Que Hércules os asista, ¡oh joven!

CELIA.—Quisiera ser invisible para atrapar por una pierna á aquel hombronazo.

(Carlos y Orlando luchan.)

ROSALINDA.—¡Oh extraordinario joven!

CELIA.—Si pudiera lanzar de mis ojos un rayo, ya sé quién había de caer.

(Carlos es derribado.—Aclamación.)

DUQUE.—Basta, basta.

ORLANDO.—Suplico á vuestra Alteza que nos deje continuar. Aún no estoy bastante alentado.

DUQUE.—¿Cómo te encuentras, Carlos?

LE BEAU.—Ha quedado sin habla, señor.

DUQUE.—Llevadlo fuera. (Llevan á Carlos).—¿Cómo te llamas, mancebo?

ORLANDO.—Orlando, señor, el hijo menor de sir Rowland de Bois.

DUQUE.—Habría preferido que fueses hijo de otro. Las gentes tenían á tu padre por honorable; pero, sin embargo, encontré en él un enemigo. Más me habría agradado tu proeza si hubieses descendido de otro linaje. Pero Dios te guarde. Eres un mancebo valiente. Me habría alegrado de que hubieses mencionado otro padre.

(Salen el duque Federico, el séquito y Le Beau.)

CELIA.—A estar yo en lugar de mi padre, ¿haría esto, prima?

ORLANDO.—A orgullo tengo ser hijo de sir Rowland, siquiera su hijo menor, y no cambiaría de condición así me adoptara el duque por heredero suyo.

ROSALINDA.—Mi padre amaba con toda su alma á sir Rowland, y todo el mundo era del mismo modo de sentir. Si hubiese yo conocido antes á este joven, hijo suyo, le habría suplicado con lágrimas que no se aventurase de ese modo.

CELIA.—Vamos, querida prima, á darle las gracias y á animarlo. La índole áspera y envidiosa de mi padre me lastima el corazón. Sois digno de aplauso, joven. Si tan bien cumplís vuestras promesas de amor, como la que ahora habéis excedido, vuestra amante deberá ser muy feliz.

ROSALINDA.— (dándole una cadena de su cuello).

Caballero, llevad esto en recuerdo mío; que por contraria fortuna no tengo en la mano los medios de ofrecer todo lo que quisiera. ¿Nos iremos, prima?

CELIA.—Sí. Adiós, gentil caballero.

ORLANDO.—¿No puedo daros las gracias? Me habéis abrumado en lo que hay de mejor en mí, y sólo quedo en vuestra presencia como un poste, como un mármol inerte.

ROSALINDA.—Nos llama. Mi orgullo ha desaparecido junto con mi prosperidad. Le preguntaré lo que desea. ¿Nos llamasteis, caballero? Habéis luchado



*Caballero, llevad esto en recuerdo mío*

bien, y vencido aún más que á vuestros adversarios.

CELIA.—¿Nos vamos, prima?

ROSALINDA.—Soy con vos. Quedad con Dios.

(Salen Rosalinda y Celia.)

ORLANDO.—¿Qué pasión me ata la lengua? Ha querido que le hable y no he podido hablar.—(*Vuelve á entrar Le Beau*).—¡Oh pobre Orlando! Estás derribado. No, Carlos, algo más débil te domina.

LE BEAU.—Amistosamente os aconsejo, buen señor, que abandonéis este lugar. Aunque habéis merecido altos elogios, aplausos y afecto, la índole del duque es tal que da mal sentido á cuanto habéis hecho. El duque es caprichoso; y lo que es él en toda verdad sería mejor que lo presumieseis vos que el que yo os lo dijera.

ORLANDO.—Os doy las gracias, señor. Dignaos decirme ¿cuál de las dos damas que presenciaron la lucha es la hija del duque?

LE BEAU.—Ninguna, á juzgar por los modales; pero en realidad es su hija la menor en estatura. La otra es hija del duque desterrado, y la detiene aquí su tío el usurpador para que acompañe á su hija; y las liga un afecto más estrecho que el natural vínculo de las hermanas. Pero puedo aseguraros que de poco tiempo acá el duque ve con desagrado á su gentil sobrina, sin más motivo que el de alabar el pueblo las virtudes de ésta y compadecerla por amor á su buen padre. Y á fe mía, la mala voluntad del duque hacia ella estallará de repente. Quedad con Dios, señor. Desearía conoceros mejor y gozar de vuestro afecto en el porvenir en un mundo mejor que este.

ORLANDO.—Os quedo sumamente agradecido.—(*Sale Le Beau*).—¿Es decir que tengo que salir de las brasas para caer en las llamas? Del duque tirano al hermano tirano. ¡Pero, divina Rosalinda! (*Sale*).

## ESCENA III

## Un cuarto en el palacio

Entran CELIA y ROSALINDA

CELIA.—¿Es posible, prima? ¿Es posible, Rosalinda? ¡Ten piedad, Cupido! ¿Ni una palabra?

ROSALINDA.—Ni una para echarla á un perro.

CELIA.—No, tus palabras tienen demasiado valor para desperdiciarlas en perros; echa algunas para mí. ¡Ea! Póstrame con razones.

ROSALINDA.—Pues así habría dos primas postradas: la una á causa de las razones, y la otra por haber enloquecido sin ninguna.

CELIA.—¿Pero es todo esto por tu padre?

ROSALINDA.—No. Alguna parte de ello es por la hija de mi padre. ¡Oh, qué lleno de espinas es este fatigoso mundo!

CELIA.—No son sino cardillos arrojados sobre ti, en festivo retozo. Si no caminas por las sendas trilladas, hasta tus faldas los atraparán.

ROSALINDA.—Podría sacudirlos de mi ropa. Pero estos están en mi corazón.

CELIA.—Tóselos y saldrán.

ROSALINDA.—Probaría; si llorando de tos, pudiera tenerlo.

CELIA.—Vamos, vamos, lucha con tus afectos.

ROSALINDA.—¡Ah! Se ponen del lado de un luchador más fuerte que yo.

CELIA.—¡Válgate mi buen deseo! Ya harás la prueba á su tiempo, á riesgo de una caída. Pero dejando á un lado estas chanzas, hablemos con seriedad. ¿Es posible que tan de súbito hayas sentido esta vehemente inclinación por el hijo menor de sir Rowland?

ROSALINDA.—El duque, mi padre, amaba á éste de todo corazón.

CELIA.—¿Y se sigue de ello que has de amar de todo corazón á su hijo? Por ese camino llegaremos á que yo debiera odiarle, porque mi padre odió cordialmente al suyo; y sin embargo, no aborrezco á Orlando.



ROSALINDA.—¡Por Dios! no le odies, por amor á mí.

CELIA.—¿Y por qué lo odiaría? ¿No merece aprecio?

ROSALINDA.—Deja que por ello le ame; y ámalo tú porque yo lo hago. Mira: ahí viene el duque.

(Entran el duque Federico y Lores.)

DUQUE.—Señorita, disponeos á toda prisa y alejaos de nuestra corte.

ROSALINDA.—¿Yo, tío?

DUQUE.—Vos, sobrina. Si pasados estos diez días se te encuentra á veinte millas de mi corte, mueres.

ROSALINDA.—Ruego á vuestra Alteza que me haga saber en qué he faltado. Si tengo conciencia de mi misma, ó si conozco mis deseos; si no sueño ó no estoy delirando (y confío en que no lo estoy), entonces, querido tío, jamás he ofendido á vuestra Alteza ni con la sombra de un pensamiento.

DUQUE.—Así proceden todos los traidores. Si su purificación consistiera en palabras, serían todos tan inocentes como la gracia misma de Dios.—Basta el que sepas que no confío en ti.

ROSALINDA.—Vuestra desconfianza no puede hacer que mi traición exista. Decidme en qué se funda la sospecha.

DUQUE.—Eres hija de tu padre; basta con eso.

ROSALINDA.—También lo era cuando vuestra Alteza se apoderó de su ducado. También lo era cuando vuestra Alteza lo desterró. No se hereda la traición, señor. O si la tenemos por contagio de nuestros amigos ¿en qué me afectaría eso? Mi padre no fué traidor. No me equivoquéis, pues, mi buen señor, á tal punto que juzguéis traidora mi pobreza.

CELIA.—Escuchadme, querido soberano.

DUQUE.—Sólo por causa vuestra, Celia, la hemos tenido aquí. A no ser por eso, habría corrido la suerte de su padre.

CELIA.—Yo no pedí entonces que se quedara, sino que así lo quisieron vuestro deseo y vuestro propio remordimiento. Era yo entonces demasiado niña para conocerla en todo su valor. Pero ahora la conozco. Si es culpable de traición, también lo soy yo misma. Hasta ahora hemos dormido juntas, y juntas nos hemos levantado, estudiado, jugado y sentado á la mesa. Y como los cisnes de Juno, jamás fuimos á lugar alguno sino como una pareja inseparable.

DUQUE.—Es demasiado astuta para ti, y su suavidad, su silencio mismo y su paciencia, hablan al

pueblo, y éste la compadece. Eres una simple. Ella te defrauda de tu reputación; y tú aparecerás más inteligente y más virtuosa, cuando ella se haya ido. No repliques, pues. La sentencia que he dado contra ella es firme é irrevocable: está desterrada.

CELIA.—Pronunciad entonces, señor, esa sentencia contra mí. Yo no puedo vivir sino á su lado.

DUQUE.—Eres una loca. Disponeos á partir, sobrina. Si os excedéis del plazo, por mi honor y lo sagrado de mi palabra, que os costará la vida.

(Salen el duque Federico y séquito.)

CELIA.—¡Oh pobre Rosalinda mía! ¿A dónde irás? ¿Quieres cambiar de padres? Te daré el mío. Te aseguro que no estás más desolada que yo.

ROSALINDA.—Tengo mayor motivo.

CELIA.—No es así, prima. Te ruego que te animes. ¿No comprendes que el duque me ha desterrado á mí, su hija?

ROSALINDA.—No, no lo ha hecho.

CELIA.—¿Que no? ¿Te falta, pues, Rosalinda, el amor que te enseña que tú y yo somos una? ¿Habremos de ser separadas? ¿Habremos de decirnos adiós, dulce prenda mía? No. Busque mi padre otro heredero. Discurre conmigo el modo de que huyamos, á dónde iremos y lo que habremos de llevar. Y no intentes soportar tú sola tus pesares, prescindiendo de mí; porque tomo por testigo al cielo, que palidece á la vista de nuestras penas, de que á pesar de cuanto digas, me marcharé contigo.

ROSALINDA.—Pero ¿á dónde ir?

CELIA.—A buscar á mi tío.

ROSALINDA.—¡Ah! ¡Qué peligro para nosotras, doncellas, viajar á tanta distancia! Más pronto provoca á los malvados la belleza que el oro.

CELIA.—Me cubriré de pobres y mezquinas vestiduras, y me embadurnaré la cara con una especie de barniz obscuro. Harás lo mismo, y así seguiremos nuestro camino sin provocar asaltos.

ROSALINDA.—¿No sería mejor, ya que soy de una estatura más alta que la general, que me disfrazara de hombre? Con una buena daga al cinto y un venablo en la mano (aunque en mi corazón se anide oculto todo el miedo de la mujer), tendré un exterior marcial é imponente. Y en ello seré como muchos hombrecillos cobardes que con la apariencia ocultan su cobardía.

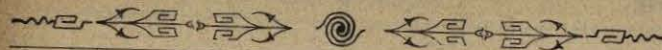
CELIA.—¿Qué nombre te he de dar cuando seas hombre?

ROSALINDA.—No quiero tener un nombre que valga menos que el del mismo paje de Júpiter. Así, me llamarás Ganimedes. ¿Y qué nombre tomarás tú?

CELIA.—Uno que de algún modo se refiera á mi situación. Yo no me llamaré Celia, sino Aliena.

ROSALINDA.—¿Y qué te parecería, prima, si ensayáramos robarnos á aquel necio de bufón de la corte de vuestro padre? ¿No nos serviría de solaz durante el viaje?

CELIA.—Me seguiría de extremo á extremo del mundo. Deja á mi cuidado el ganarlo. Vámonos. Juntemos nuestras joyas y nuestro caudal, y discurre tú el tiempo más oportuno y el camino más seguro para sustraernos á la persecución que se nos ha de hacer después de mi fuga. Ahora iremos contentas, no al destierro, sino á la libertad.



## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

#### El bosque de Ardenas

#### DUQUE

Y bien, compañeros y hermanos de destierro, ¿no hace la costumbre que sea más dulce esta vida que la de las vanas pompas? ¿No están más exentas de peligro estas selvas que la envidiosa corte? Aquí no tenemos otro padecimiento que el de Adán; la diversidad de la estación; el rudo zumido y el diente helado del viento del invierno. Y cuando sopla sobre mi cuerpo y lo muerde y lo hace encogerse de frío, me digo sonriendo: «Esto no es adulación; estos son consejeros que con toda sinceridad me convencen de lo que soy.» Dulces son los frutos de la adversidad que, semejante al feo y venenoso sapo, lleva en la cabeza una preciosa joya.—Y esta nuestra vida retirada del bullicio público, descubre idiomas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras, y el bien en todas las cosas.

AMIENS.—No querría cambiarla. ¡Dichoso sois, Al-